



Jóvenes mexicanos sin oportunidades

El modelo liberal es cuestionado luego de que a los grandes financieros les dejaran sueltas las riendas pero, más allá del ajuste que el Estado haga para compensar la inequidad del mercado, instauramos una curiosa mezcla: no ha ocurrido una apertura generalizada de oportunidades, sino que el ciudadano se topa con una administración estorbosa y extorsionadora

El hijo de unos vecinos acaba de terminar brillantemente la carrera de Actuaría. Tiene apenas 21 años y sus excelentes calificaciones lo eximieron de presentar el examen final. A un chico así, en Estados Unidos (de América), se lo pelearían las corporaciones para tenerlo en sus filas, inocularle los valores de la empresa y trasformarlo en un ejecutivo eficaz y exitoso. Pero ocurre que este chaval — luego de haber cursado el bachillerato en Brasil — terminó sus estudios en Estados Unidos (Mexicanos) y, señoras y señores, en estas tierras simplemente no encuentra trabajo. Es muy joven, le dicen, y no tiene experiencia, esa experiencia que parece ser un defecto cuando has cumplido 35 primaveras y entonces te dejan de contratar justamente por eso.

Estos vecinos míos, por cierto, trabajan de sol a sol en su propia empresa; venden máquinas para riego agrícola y productos de jardinería. Se quejan, sin embargo, de unos impuestos que les parecen excesivos y que no les permiten, en este entorno de adversidades económicas, contratar a más empleados. Por el contrario, han tenido que recortar varios puestos de trabajo en su pequeña firma familiar.

Se suponía que éste iba a ser el sexenio del empleo. ¿Qué ha ocurrido?

Ahí tienen, estimados lectores,

una historia tan real y tan inmediata como las que ustedes mismos viven todos los días. No hay aquí ningún trabajo periodístico: no tuve más que sacar a pasear al perro y ponerme a charlar con los propietarios de la casa de enfrente para, luego de intercambiar las cortesías de rigor, enterarme de su cotidianidad. Y así, hablando con mucha gente todos los días — porque soy un tipo al que le encanta entablar conversaciones con desconocidos o con mis frecuentaciones habituales: Chava, el de los periódicos; Beto, el bolero de la plaza; Cosme (le llaman *Cosmito* sus compañeros), que es mi taxista favorito y tantos otros — he llegado a tener una visión de este país que, lo sospecho con la feroz contundencia de una duda razonable, no ha sido todavía debidamente registrada en los círculos frecuentados por nuestros politicastos. Lo que quiero decir es lo siguiente: los problemas de México son tan evidentes como la circunstancia, por ejemplo, de que un joven al que sus padres le han pagado una colegiatura de 15 mil pesos al mes sale de la universidad y consigue una chamba de 2 mil morlacos quincenales. Estamos

hablando de personas privilegiadas de la clase media que pueden solventarle al retoño sus estudios, digamos, en el Tec de Monterrey o en alguna otra escuela de relumbrón. Así las cosas, ¿qué le espera al egresado de

los institutos públicos? Y, estos salarios de hambre, ¿son parte de algún plan maestro? ¿Tienen que ver con la improductividad de nuestro país? ¿Resultan de la descarnada voracidad de nuestros empresarios? ¿Se deben a la persistente inflexibilidad de un sistema que no propicia la creación de riqueza sino que significa, en lo que tiene de corrupto y enredoso, un auténtico obstáculo para la inversión económica?

Se dice que estamos ya saliendo de la crisis (aunque parezca, en realidad, que seguimos empantanados en el desempleo y la recesión). Pero lo que no va a cambiar, con crisis o sin ella, es un modelo basado, entre otras cosas, en el desmantelamiento universal del Estado social. Vivimos, en ese sentido, en el peor de los mundos: México exhibe, en toda su dimensión, las perversas consecuencias de mantener un capitalismo salvaje y monopolístico regido, a la vez, por un Estado corporativista, clientelar, anticuado, dogmático y, por si fuera poco, incapaz de brindar certezas jurídicas.

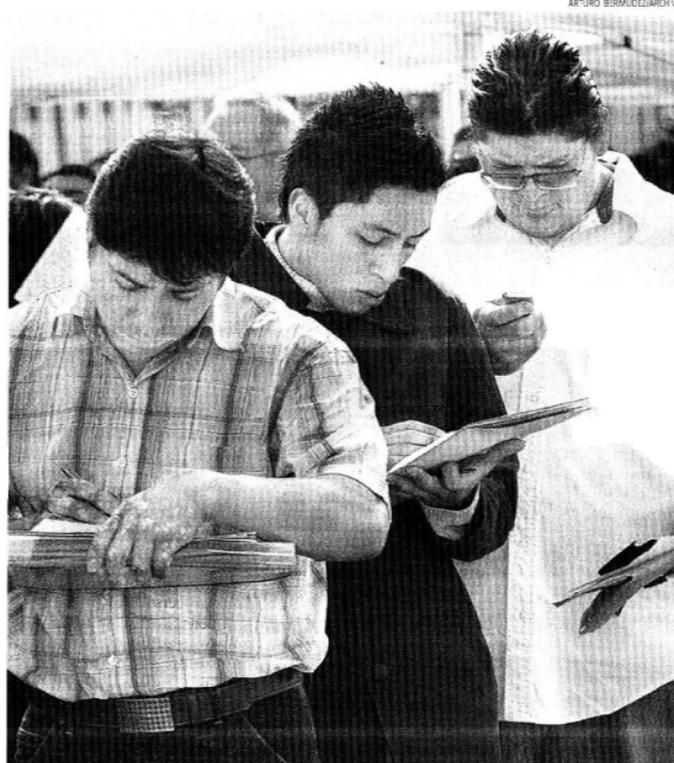
El modelo liberal comienza a ser cuestionado luego de que a los grandes financieros del mundo les dejaran sueltas las riendas pero, más allá de los ajustes redistributivos que el Estado pueda hacer para compensar las inequidades del mercado, aquí hemos instaurado una curiosa mezcla: no ha ocurrido, de manera paralela al capita-



lismo de los compadres auspiciado por el Estado, una apertura generalizada de oportunidades para todos sino que el ciudadano emprendedor, en cuanto intenta abrir un negocio o establecer un mecanismo de ganancias justas y legales, se topa con una Administración estorbosa y extorsionadora. Al mismo tiempo, ese presunto Estado social "emanado" de la Revolución Mexicana (con mayúsculas, desde luego) no ha asegurado siquiera un seguro de desempleo, por no hablar de prestaciones más generosas tales que una buena cobertura sanitaria o un sistema universal de pensiones. Es decir, ni una cosa ni la otra: ni libre mercado ni verdadera política social. Estamos hablando, seguramente, de una receta típicamente mexicana que no es ni la de Brasil ni la de Corea ni la de España pero de la cual podemos asumir, faltaría más, la más absoluta paternidad. Digo, ya han visto ustedes que nuestra clase política no tiene la menor intención de cambiar las cosas. Supongo, entonces, que el hijo de mis vecinos terminará por irse a otro país. ■■

revueltas@mac.com

Vivimos en el peor de los mundos: México exhibe las perversas consecuencias de mantener un capitalismo salvaje y monopólico regido por un Estado corporativista, clientelar, anticuado, dogmático e incapaz de brindar certezas jurídicas



ARTURO BERMÚDEZ/ARHVC